

los españoles, casi se avergonzaban de aquellos dos paisanos suyos tan jóvenes y pobremente vestidos (1). Estos se apresuraron á buscar á los pobres, á los cuales se mantenía en una casa situada fuera de la ciudad, y por turno iban cada día Laynez, Salmerón y Le Jay á decirles misa, explicarles los rudimentos de la doctrina cristiana y administrarles los Sacramentos (2). «En los negocios de importancia, escribían á Ignacio en una carta común de 4 de Junio de 1546, no nos entrometemos excepto cuando se nos encargan» (3). Pero no les faltaban incumbencias. Habíase prohibido en Trento á todos los obispos y teólogos tener sermones públicos; pero á propuesta de algunos Padres, el cardenal Legado mandó, sin embargo, á Laynez que subiera al púlpito, y así predicó con gran concurso en Santa María la Mayor los domingos y días festivos (4). Ya antes le habían ordenado los legados que él y Salmerón tomaran parte en las reuniones de los teólogos que no eran Padres del Concilio, y se designaban con el nombre de «teólogos menores» (5), en las cuales hombres doctos de primera nota procedentes de diversos países, discutían en presencia de los cardenales y obispos las más candentes cuestiones. Laynez y Salmerón trataron allí de la doctrina de la justificación de una manera tan fundamental, que muchos miembros del Concilio pidiéronles para sí traslados de sus explicaciones (6). Laynez rebatió la opinión de Seripando acerca de la «justicia imputada», en un tratado que derramó nueva luz sobre toda aquella controversia (7). Pedro Canisio, á quien el cardenal Truchsess había agregado como teólogo al P. Le Jay, en Febrero de 1547, escribía á Roma desde

(1) Orlandinus l. 6, n. 21, 23.

(2) Polancus, Chronicon I, n. 128. Cf. la instrucción citada en la nota 1, loc. cit. 388-389.

(3) Epistolae P. Alphonsi Salmeronis Societatis Iesu ex autographis vel originalibus exemplis potissimum depromptae, a Patribus eiusdem Societatis nunc primum editae I, Matriti 1906, 16.

(4) Carta de S. Ignacio á Torres, fechada en Roma á 9 de Octubre de 1546 (Mon. Ignat. Ser. I, I, 435); Polancus I, n. 131; Epistolae P. A. Salmeronis I, 16.

(5) Carta de Laynez y sus compañeros á S. Ignacio, fechada en Trento á 4 de Junio de 1546 (Epistolae P. A. Salmeronis I, 15-16).

(6) Carta de Le Jay á S. Ignacio, fechada en Trento á 3 de Julio de 1546 (Epistolae P. Pasch. Broëti 310 s.); cf. los registros de Massarelli en Merkle I, 459, 461, 463, 580, 605, 609 hasta 610, 615.

(7) Cf. Pallavicini l. 8, c. 11, n. 9. Este tratado ha sido editado por Hartmann Grisar, S. J.: Iacobi Lainez Disputationes Tridentinae II, Oeniponte 1886, 153-192. La edición de Theiner es defectuosa.

Trento: «Los demás teólogos apenas tienen una hora para hablar; mas á Laynez el cardenal presidente le permitió disertar tres horas y por ventura todavía más» (1). Y el obispo de Foligno refería un año después, que nadie había expuesto su parecer en Trento con tanta claridad y perspicuidad como Laynez y Salmerón (2). Habiéndose pasado de la doctrina de la justificación á la de los sacramentos, los legados encargaron á Laynez y Salmerón recopilaran los errores de los protestantes y las contrarias sentencias de los Padres y Concilios, y el cardenal Cervini propuso este trabajo á los Padres congregados como base de las deliberaciones (3). En una carta dirigida á solo el General de la Compañía, comunicábale Salmerón, á mediados de Julio de 1546: «Algunos de los teólogos profesan malas doctrinas, por lo cual ha cuidado el cardenal Cervini, que en las reuniones de los teólogos uno de nosotros hable entre los primeros y declare el asunto, y al otro se le deje para el fin, con el encargo especial de rebatir todo aquello que por ventura se hubiere dicho con menos exactitud. Casi todos los obispos, italianos, españoles, franceses, nos son favorables; y de los españoles, aquellos que al principio nos eran más contrarios, nos alaban ahora públicamente, nos invitan á su mesa y nos comunican lo que piensan decir en las congregaciones... Muchos prelados doctos nos piden antes de las congregaciones nuestro dictamen sobre sus votos, y otros que están versados en diferentes materias, pero no tanto en la Teología, hacen de buena gana que los instruyamos detenidamente. El cardenal Cervini nos otorga una entera confianza» (4).

A principios del año 1547 quiso Ignacio, á instancia de la duquesa de Toscana, enviar á Laynez á Florencia; pero el cardenal Cervini declaró, que no podía prescindir de aquel varón, y el obispo Archinto, Vicario de Paulo III, escribió al Padre General, que sus hijos espirituales en ningún otro lugar del mundo podrían

(1) Braunsberger I, 245.

(2) Carta de Silvestro Landini á S. Ignacio, fechada en Foligno en Diciembre de 1548 (Litterae quadrimestres I, Matriti 1894, 124); cf. también la carta de S. Ignacio á Rodríguez, fechada en Roma á 19 de Agosto de 1546 (Mon. Ignat. Ser. I, I, 413).

(3) Massarelli Diarium II, III, ed Merkle I, 459, 604-605; carta de Le Jay á S. Ignacio, fechada en Trento á 30 de Enero de 1547 (Epistolae P. Pasch. Broëti 333); Polancus, Chronicon I, n. 177.

(4) Epistolae P. A. Salmeronis I, 26-27; cf. también Orlandinus l. 8, n. 25 y Astrain I, 526-527.

hacer mayor bien que en Trento (1). En Marzo de 1547, habiéndose acordado la traslación del Concilio á Bolonia, los legados enviaron también allá á los PP. Laynez y Salmerón. Le Jay y Canisio escribieron repetidamente al cardenal Truchsess, á quien la traslación desagradaba sumamente, pidiéndole reglas de conducta; y como la respuesta se hacía esperar, dirigiéronse á Bolonia según Ignacio se lo había mandado. Por fin Le Jay recibió de Truchsess la indicación, que no se presentara en Bolonia como procurador suyo, por lo cual no fué entonces sino simple teólogo (2). Por más que la asamblea de Bolonia, por efecto de la contradicción del Emperador, no tuvo sino una precaria existencia, perseveraron no obstante allí los Jesuitas todavía algún tiempo. Laynez habló tres horas seguidas sobre el Sacramento de la Penitencia. También Canisio tomó algunas veces la palabra. El secretario del Concilio, Massarelli, escribía á 15 de Mayo de 1547 en su Diario: «Esta tarde he estado con los señores Claudio, Jacobo y Alfonso, de la Compañía de Jesús, y les he mostrado las censuras y los cánones de la Eucaristía; sobre estos dictámenes hemos conferido por espacio de cuatro horas; después de lo cual he hecho relación de ello á mi reverendísimo señor.» Salmerón trabajaba todavía en Noviembre de 1547 por la Asamblea de la Iglesia (3).

Estos afanes redundaron también en provecho de la misma Compañía de Jesús. El obispo de Clermont, Guillermo du Prat, se llegó á persuadir que los Jesuitas podrían prestar buenos servicios á la Iglesia de Francia, y resolvió fundarles dos colegios, uno en París y otro en Billom; y asimismo otros obispos manifestaron el deseo de tener en sus diócesis algunos Jesuitas. El obispo de Badajoz informó muy favorablemente en la Corte española acerca de Laynez y sus compañeros, á quienes había conocido en

(1) Bartoli, *Istoria della Comp. L' Italia* 1. 2, c. 4 (Opere V, Torino 1825, 35-38. Cf. Tacchi Venturi en la *Civ. catt. Ser. XVIII*, VII, (1899) 156-166.

(2) «Alias Tridenti procurator R^mi D. Otthonis cardinalis Augustensis» (Massarelli sobre la reunión de teólogos de 6 de Mayo de 1547: *Diarium IV*, ed. Merkle I, 649; cf. también *ibid.* 670); carta de Truchsess á Le Jay, fechada en Dilinga á 18 de Abril de 1547 (*Epistolae mixtae I*, 356-357). Polancus n. 177.

(3) Massarelli *Diarium IV*, loc. cit. 644-649, 652, 660, 671-674, 679, 683; Braunsberger I, 684-685, carta de Salmerón á S. Ignacio, fechada en Bolonia á 26 de Noviembre de 1547 (*Epistolae P. A. Salmeronis I*, 59); Orlandinus I, 7, n. 24. Cf. también Gius. Boero S. J., *Vita del Servo di Dio P. Giacomo Lainez*, Firenze 1880, 70-75.

Trento, y también envió al Consejo de la Inquisición el discurso impreso del Padre Salmerón, porque era el mejor que se había pronunciado en el Concilio. Los inquisidores se contentaron mucho de él. «Así, escribía desde Madrid á Roma el Provincial Araoz, otros nos han ganado más ventajas con sus discursos, que nosotros mismos con todos los sudores que hemos derramado en España» (1).

Fuera de Roma, fué Venecia la primera ciudad de Italia donde sentó el pie la Compañía de Jesús. El patricio veneciano Andrés Lippomano ofreció, para habitación de los jóvenes jesuitas que iban á hacer sus estudios en Padua enviados por San Ignacio, el priorato de la Orden teutónica que allí poseía, y á poco se adelantó más; pues, sin ser por nadie rogado, declaró estaba dispuesto á ceder á la Compañía enteramente aquella prebenda, si el Papa diera su permiso. Paulo III hizo examinar el caso, y luego resolvió como supremo administrador de los bienes de la Iglesia, que el priorato de Padua se destinara para la sustentación de dos casas de estudios de la Compañía de Jesús, de las cuales una estaría en Padua y la otra en Venecia (2). Al Dux de Venecia escribió Don Felipe, que era á la sazón Príncipe heredero de España, rogándole concedieran aquel priorato á los Jesuitas y se les dispensara en general todo favor, pues los conocía y sabía que eran hombres muy celosos, doctos y edificantes (3); y en la votación habida en el Senado recayó asimismo luego una gran mayoría en favor de la Compañía de Jesús (4).

A ruegos de los venecianos, envióles Paulo III al P. Laynez, el cual, entre otros muchos trabajos, explicaba tres veces por semana el Evangelio de San Juan. El cardenal Cervini obtuvo que por algún tiempo fuese á Montepulciano, su patria, el P. Pascual

(1) Carta de Le Jay á S. Ignacio, fechada en Trento á 10 de Mayo de 1546 (*Epistolae P. Pasch. Broëti* 307-309); carta de Salmerón á S. Ignacio, fechada en Trento á 30 de Septiembre de 1546 (*Epistolae P. A. Salmeronis I*, 29); carta de Araoz á S. Ignacio, con fecha 24 de Abril de 1547 (*Epistolae mixtae I*, 359); Orlandinus I, 6, n. 30; Sommervogel VII, 478-479.

(2) Carta de Ferrón S. J. á Rodriguez, fechada en Roma á 21 de Noviembre de 1545 (*Mon. Ignat. Ser. I*, I, 330); relación sobre la Compañía de Jesús, enviada en 1547 desde Italia á la corte de Carlos V (*Const. Soc. Iesu lat. et hisp.* 347-348); Polancus, *Chronicon I*, n. 37, 51, 86.

(3) *Epistolae mixtae I*, 570-571.

(4) Ribadeneira, *De actis etc.* n. 52. Cf. K. Schellhass en las *Quellen und Forschungen VII*, 91-120. Fueron también inútiles las tentativas posteriores de la orden teutónica, de deshacer la cesión.

Broet. En Verona el P. Salmerón, á quien había pedido á Ignacio por predicador el eruditísimo y piadoso obispo Luis Lippomano, explicaba los domingos al pueblo la Epístola de San Pablo á los Romanos. A otro obispo doctísimo, el dominico Ambrosio Catarino, se le dió para su diócesis de Minori al P. Bobadilla (1). En Faenza el apóstata general de los Capuchinos Ochino había esparcido errores luteranos; asimismo reinaban en la ciudad y en toda la Romaña muchas enemistades, entre ellas algunas que databan ya de más de cien años, y cuyo efecto eran frecuentes homicidios. Entonces fué allá el P. Broet, el cual enseñaba el Catecismo en siete escuelas de la ciudad, y con sus sermones condujo las cosas á término, que de una vez se reconciliaron solemnemente en la catedral más de cien personas. También fundó la Compagnia della Carità, con la incumbencia de buscar á los pobres enfermos, moverlos á recibir los sacramentos de la confesión y comunión, y cuidar de suministrarles alimento, médicos y medicinas (2). Una mudanza semejante se realizó en Belluno, donde en gran parte había caído en desuso asistir á los sermones, y se habían difundido opiniones heréticas acerca de la confesión, el purgatorio y los santos. Así las cosas, el obispo Julio Contarini obtuvo de San Ignacio, en 1549, que fuera á Belluno el P. Salmerón. Aquel año se acercaron á recibir los sacramentos mil personas más que el año anterior; fueron entregados á las llamas los libros luteranos publicados en lengua italiana, y la ciudad extendió un documento declarando que, por medio de Salmerón, había renacido y renovándose enteramente (3).

Menos feliz fué la primera entrada de la Compañía en Módena, cuya universidad era considerada hacía años como foco principal de la herejía y libertad de pensar. Paulo III se había afanado ya en los años de 1536 y 1539 por poner coto al daño; y en 1543, el obispo de la ciudad, el noble y amante de la paz, cardenal Morone, pidió para el púlpito de su catedral al P. Salmerón, á quien tenía

(1) Polancus n. 43, 50, 235, 238, 391, 393.

(2) Cartas de Broet á S. Francisco Javier, fechada en Faenza á 1 de Marzo de 1545, y á S. Ignacio, fechada en Faenza á 1 de Noviembre de 1545 (Epistolae P. Pasch. Broëti 34-37); Polancus n. 910.

(3) Carta de Salmerón á S. Ignacio, fechada en Venecia á 27 de Abril de 1549 (Epistolae P. A. Salmeronis, I, 74-77); carta de Pedro Schorich, S. J. á Leonardo Kessel, fechada en Roma á 14 de Mayo de 1549 (Hansen, 152-153); Polancus, n. 429, 430.

muy bien conocido. Comenzó éste á predicar, pero pronto le acusaron los universitarios de mordacidad é injuriosas proposiciones. Morone, que entretanto había regresado á Módena, acudió personalmente á oír un sermón, y habiéndole parecido hallar una excesiva ponderación del valor de las buenas obras, hizo sobre ello reflexiones á Salmerón. El vehemente español le dió, á lo que parece, una respuesta poco respetuosa, por lo cual el cardenal se desembarazó de él, según el mismo Morone se expresó más adelante (1). Cuando 14 años después se vió encarcelado por Paulo IV en el Castillo de Sant-Angelo por sospecha de herejía, aquel encuentro con Salmerón fué uno de los puntos que sirvieron para acusarle. Por lo demás, el magnánimo príncipe de la Iglesia no dejó menos cabar por este accidente su propensión á la Compañía de Jesús; y por instancia suya, debía Módena obtener otro colegio de la Compañía (2).

Un poderoso apoyo habían encontrado los novadores en materia religiosa, en la corte del duque Hércules II de Ferrara, cuya mujer Renata, princesa de la casa de Francia, se había enredado en errores calvinistas. Aprovechando el confesor del Duque, que era el arcediano Guido Guidoni de Módena, una coyuntura favorable, le amonestó que, teniendo á su disposición tantos consejeros para las cosas temporales, debía tener por lo menos un varón á su lado, que le avisara y ayudara en los negocios tocantes á la salud de su alma. Hércules consintió en ello, é hizo suplicar al Papa le enviara al P. Le Jay, al cual mandó Ignacio que en Ferrara considerara al Duque como su verdadero y único superior. El religioso Padre fué allá y se hospedó en el hospital; pero el Duque, acerca del cual se había engañado Ignacio, no se preocupó gran cosa de él. Contábase que Hércules había dicho: que no quería trato ninguno con Teatinos, pues no quería que le apodaran teatino (3). El año de 1549 Le Jay se marchó á Alemania por mandato del Papa.

(1) Polancus, n. 50, 66; carta de Salmerón á S. Ignacio, fechada en Bolonia á 24 de Septiembre de 1547 (Epistolae P. A. Salmeronis, I, 52-53); Cantù, Eretici, II, 172 y especialmente Tacchi Venturi, I, 533 ss.

(2) Orlandinus, l. 12, n. 17. Cuando en 1563, después de su brillante absolución, fué nombrado Morone primer presidente del concilio de Trento, declaró al P. General Laynez, que él estaba dispuesto á derramar su sangre por la Compañía de Jesús (Braunsberger, IV, 978).

(3) Carta de S. Ignacio á Le Jay, fechada en Roma á principios de Agosto de 1547 (Mon. Ignat. Ser. I, 569); carta de Le Jay á S. Ignacio, fechada en Fe-

Las buenas esperanzas que había de fundar un Colegio en Florencia, las malogró en 1547 el joven Polanco, á quien su General había encargado que, conforme á las instrucciones del Duque y del Arzobispo, se ocupara en el auxilio espiritual del pueblo de Florencia; pero él se dejó arrastrar por un celo indiscreto y quiso dar al duque Cosme y á la duquesa Eleonora, instrucciones escritas acerca del modo como debían reformar su vida y su gobierno, lo cual excitó gravemente el disgusto de la Corte. Ignacio le dió una severa reprensión: «Tales cosas, le escribía, no pueden hacerse sino después de haber alcanzado prestigio, propensión y confianza de personas semejantes»; y para ver de resarcir el escándalo que había dado, debía Polanco ocuparse entonces en servir á los enfermos en los hospitales, y en otros parecidos ministerios humildes (1). Verdad es que en 1548 acudió el P. Laynez, pedido por la Duquesa, y predicó los domingos de Cuaresma en la catedral, ante un público de 8 ó 9,000 oyentes; pero el Colegio no pudo principiarse hasta el año de 1551 (2).

Una formal tempestad contra la Compañía levantóse en Parma, donde un religioso se puso á la cabeza de los adversarios, y cuyo fundamento principal fué la frecuente Comunión que los misioneros habían introducido. Dió principalmente mucho que hablar Julia Zerbini, señora muy distinguida y piadosa, la cual no solamente recomendaba los Ejercicios espirituales de Ignacio, sino aun los daba ella misma á sus amigas. En una enfermedad comulgó todos los días, y se decía, que los días que recibía la Sagrada Eucaristía, no tomaba ningún otro alimento. La investigación judicial ordenada acerca de este asunto por el obispo de Parma, cardenal Guido Ascanio Sforza, dió por resultado, á 30 de Diciembre de 1543, una completa absolución de los Jesuitas (3).

rrara por el verano ú otoño de 1547 (Epistolae P. Pasch. Broëti, 336-338; cf. ibid. 394-395); Polancus Chronicon I, n. 182.

(1) Carta de S. Ignacio á Polanco, fechada en Febrero ó Marzo de 1547 (Mon. Ignat. Ser. I, I, 458-459). Recientemente se ha creído poder sacar de esta carta, que S. Ignacio tomó ligeramente el cargo de confesor de príncipes (Druffel Ignatius von Loyola 17-18, 32; Gothein 340). V. en contra W. Kreiten, quien replica á eso: si S. Ignacio obró aquí ligeramente, la razón misma es ligera (Stimmen aus Maria-Laach XLIX [1895] 543).

(2) Polancus n. 233; Orlandinus l. 11, n. 11-14; Ed. Fueter, Das erste Austreten der Jesuiten in Florenz: Zeitschrift für Kirchengeschichte XXVIII [1907] 432-453.

(3) Epistolae mixtae I, 584; Orlandinus l. 2, n. 76.

Italia poseía entonces un misionero de primera talla en el Jesuíta Silvestre Landini, acerca del cual escribía á Ignacio un sacerdote de Casola: «Cuando acompañado de cinco ó seis eclesiásticos, á quienes había dado los Ejercicios, andaba por el país, las gentes dejaban sus aperos de labranza en el campo, abandonaban sus bueyes y corrían á veces diez, veinte ó treinta juntos, solicitando confesarse.» La ciudad de Corregio estaba, hacía más de veinte años, dividida por las discordias entre dos partidos, italiano el uno y el otro francés, en términos que en cierta ocasión perdieron la vida en breve tiempo 45 hombres, y desde entonces no se hablaba sino de homicidios y venganzas, y hasta á la iglesia acudían armados. Los sermones del P. Landini produjeron una mudanza completa: las gentes arrojaron de sí las armas, y todos, mujeres, niños y viejos, exclamaban: ¡Paz, paz! y se abrazaban mutuamente sollozando é implorando perdón. En seguida se acercaron algunos centenares á recibir los Sacramentos (1).

Desde Castiglione de la Lunigiana, el bailío Baltasar Turriano, á 27 de Noviembre de 1547, mandó una carta suplicante á Ignacio, rogándole no enviara á otra parte al Padre Silvestre; porque, dice, «establece la paz entre los domésticos, entre los vecinos, en las comunidades; hace que los religiosos fugitivos se restituyan á sus monasterios, que se dé su sustento á los conventos y personas pobres, que se publiquen ordenaciones contra la blasfemia y para la santificación de las fiestas; predica en los templos y en las plazas públicas, explica el Catecismo, anima á entrar en las religiones; ayuna todos los días; su alimento es grosero pan de mijo, y su bebida un poco de agua. Grandes y pequeños se edifican con él; de suerte que, aun cuando no predicara, su misma vida sería un continuo sermón.» Medio año después escribía Rafael Augustini desde Fivizzano: «El P. Landini ha estado ahora entre nosotros unas tres semanas, «y representa una semejanza de los Apóstoles y de los otros santos de la primitiva Iglesia, ocupado siempre con la oración, la predicación y las obras de penitencia y misericordia. Se afana fervorosamente por desterrar la peste de la doctrina luterana, que desde Lucca ha penetrado aquí en el obispado de Luni.» Después de haber el P. Landini trabajado algunos meses en el obispado de Foligno, el obispo de aquella dió-

(1) Relaciones escritas en 1549 desde Casola y Correggio á S. Ignacio (Litteras quadrimestres I, 161-163, 178-180).

cesis, el benedictino Isidoro Chiari, escribió un testimonio en el cual se dice: «No creíamos ver entre nosotros á un hombre, sino un ángel de Dios» (1).

También en Bolonia, Brescia, Nápoles, Pisa, Pistoya, Reggio, y en otras ciudades, deseaban misioneros de la Compañía de Jesús, los cuales procuraban dar perpetuidad al fruto de sus trabajos, estableciendo hermandades del Santísimo Sacramento, sociedades de mujeres para cuidar de las pecadoras arrepentidas, y otras asociaciones semejantes (2).

El primer Jesuíta que fué á Sicilia, fué el holandés Jacobo Lhoost, á quien el cardenal Rodolfo Pío había enviado á su obispado de Girgenti. Laynez reformó, por encargo del cardenal Alejandro Farnese, su arzobispado de Monreale, y dió en su catedral lecciones sobre el Libro del Eclesiastes. En Mayo de 1547 dirigióse el P. Jerónimo Doménech á la capital de Palermo, donde fué confesor del virrey Juan de Vega y de su mujer, puso en orden el desamparado monasterio de las arrepentidas, promovió la creación de una casa de huérfanos para niños y otra para niñas, y mandó imprimir un Catecismo para las escuelas de la isla. El obispo de Patti, Sebastián de Aragón, Inquisidor de Sicilia y uno de los más distinguidos varones de aquel reino, hizo los Ejercicios espirituales con su vicario y sus capellanes. Por deseo del Virrey, obtuvo Ignacio, en 1549, de Paulo III un breve que ordenaba la reformación de los monasterios de monjas de Sicilia, y en el mismo año se abrió un Colegio de la Compañía en Palermo (3).

Ya un año antes, la rival de Palermo, la ciudad de Mesina opulenta por su comercio, había, por los ruegos que dirigió á Ignacio y á Paulo III, obtenido un Colegio, el cual fué el primero de la Compañía que desde su principio y en primer lugar se destinó á la instrucción de estudiantes externos. El Padre General

(1) Epistolae mixtae I, 445-446, 497-498; Litterae quadrimestres I, 156; cf. también Bartoli, S. J., Degli uomini e de' fatti della Compagnia di Gesù: Opera postuma I, Torino 1847, 196-217.

(2) Como Paulo III, así promovían particularmente los jesuítas de Italia la difusión de las cofradías del SSmo. Sacramento del altar (cf. Tacchi Venturi I, 194 ss.).

(3) Braunsberger I, 193, 198; cartas de Doménech á S. Ignacio, fechadas en Palermo, á 4 de Julio de 1547 y en 1548 (Litterae quadrimestres I, 47-53, 131); carta de Nadal á S. Ignacio, fechada en Mesina por Julio de 1549 (Epist. P. H. Nadal I, 67); Polancus, Chronicon I, n. 193-200, 242, 373, 379; Orlandinus I, 7, n. 19; I, 9, n. 27.

quiso hacer de él un establecimiento modelo, y es muy significativa la elección que hizo de los primeros profesores, entre los cuales había un español, un italiano, un alemán, un francés y un saboyano; y antes que salieran de Roma, hizo que, por vía de experimento, dieran una clase delante de él. Luego envió á los diez que habían sido destinados para Messina, á solicitar la bendición del Papa. Pedro Canisio era el que debía llevar la palabra.

Paulo III les dirigió de improviso un discurso de media hora, lleno de amor hacia Sicilia y la Compañía de Jesús. Jerónimo Nadal, que fué el primer Rector, fué poco á poco conformando aquella escuela conforme al dechado de París, donde había él mismo estudiado (1). En Otoño del año de 1548 el nuevo Plan de enseñanza se extendió á toda Sicilia y asimismo á Calabria. Los estudiantes manifestaron gran fervor, y se mostró ser para ellos un medio excelente de disciplina moral, la frecuente confesión. La ciudad estaba tan maravillada de la nueva escuela, que el mismo año de 1548 obtuvo del Papa autorización para convertir el Colegio en una Universidad; pero aquella escuela superior no pudo establecerse por entonces, y las esperanzas que el Fundador de la Compañía había puesto en dicha fundación no llegaron á cumplirse enteramente; á pesar de lo cual, los trabajos llevados al cabo en Messina y en Palermo produjeron copiosos frutos. «Por toda Sicilia, escribía Canisio, se percibe la renovación de las costumbres» (2).

El primero entre los discípulos de Loyola, que pisó como tal el suelo de España, fué uno de sus parientes, Antonio Araoz, el cual se había incorporado en Roma á la Compañía. Vino á fines del año de 1539 y predicó en diferentes sitios con grande aplauso.

(1) Cf. Emman. Aguilera S. J., Provinciae Siculae Societatis Iesu ortus et res gestae ab a. 1546 ad a. 1611, Panormi 1737, 7-13.

(2) Cartas de Canisio á Kessel y Adriani, fechadas en Roma á 8 de Febrero de 1548 y en Mesina á 12 de Agosto de 1548 (Braunsberger I, 265, 284); relación de los jesuítas de Roma á los de Lovaina, fechada en Roma á 19 de Marzo de 1548 (Hansen 116-118); carta de Polanco á Araoz, fechada en Roma á 27 de Marzo de 1548, y carta de S. Ignacio á Doménech, fechada en Roma á 7 de Abril de 1548 (Mon. Ignat. Ser. I, II, 51-52, 75); carta de Nadal á S. Ignacio, fechada en Mesina á 7 de Mayo de 1549 (Epist. P. H. Nadal I, 57); Vita P. Cornelii Vishavaei (ibid. IV, 875), Polancus, Chronicon I, n. 231, 243, 244, 339, 350); F. Meyer, Die Missionspläne des Ignatius von Loyola usw.: Histor. Zeitschr. CI, 237-252.